

Mario Carvajal

La emoción del paisaje en Isaacs ⁽¹⁾



SANTIAGO de Cali fué nombrada al hacer la fundación, Sebastián de Benalcázar, la aldea en que pasadas tres centurias, casi exactas, había de nacer, de un judío británico y de una dama criolla oriunda de la región granadina del Chocó, el poeta Jorge Isaacs. Poco en verdad, en los tres siglos de Colonia y en los tres lustros de República, había crecido el primitivo centro humano. Más allá, en la teoría de los tiempos, hallábase la hora en que confluirían en este punto del espacio las corrientes de la economía y de la historia.

La aldea tropical, que en el orden civil tiene alcanzado ya jerarquía de provincia, más a la que papiro

(1) Mario Carvajal, autor de este hermoso ensayo sobre el paisaje en la obra de Isaacs, es uno de los más interesantes escritores de la nueva promoción colombiana. Poeta y ensayista acaba de publicar una biografía novelada del autor de *MARIA*, contribución magnífica al homenaje que los escritores de Colombia le han tributado con ocasión del centenario de su nacimiento. *ATENEA* en su invariable propósito de vincular y difundir la obra de los escritores de América, tan desconocidos unos de otros, lo reproduce de el Suplemento Literario de *EL TIEMPO* de Bogotá. (N. de la D.)

regio mantiene desde antaño graduada de «muy noble y leal ciudad», sugiere al ojo candoroso del nativo, empinada en su ribazo de los Andes, que ya es llanura sin dejar de ser valle todavía, la imagen de una gema engastada en el aro de un horizonte incomparable. Un río musical y cristalino, cuyas linfas conservan la fragancia y frescura de la sierra materna, teje a lo largo del costado norte su encaje de cascadas y remansos. El viento de la tarde, pleno, como el río, de aromas y frescores de montaña, puebla las calles ribereñas con el murmullo cantarino que produce el agua al romperse en las piedras coronadas de musgos y de espumas. «Es el más viejo y más querido poeta del pueblo», ha dicho de él un escritor que, como Isaacs, durmió en la infancia arrullado por la canción de cuna de sus ondas. De él aprendió nuestro dulce evangelista el ritmo de la tierra natal, la melodía ingrávida que circula por el cauce palestino de su poema, el lamento sinfónico que levantó su voz hasta la cima universal de los cantores bíblicos. He aquí el grito que arranca a su corazón la pesadumbre del crepúsculo:

«Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría,
do el Cali en sus murmullos repetía
cantos de mi niñez y amor primero».

Hacia las horas vespertinas, mientras las auras hacen estremecer las copas de los palmares y producen

hondos susurros en el pesado follaje de las ceibas, las campanas parroquiales llueven sobre el reposo provinciano la suave tristeza del ángelus. Cruzan bandadas de aves en busca de los nidos cercanos. Las cigarras cantan con un son ronco, lento, monótono: al mediodía habían calentado la atmósfera con sus pífanos estridentes, cuyas notas eran hilos de oro inflamados en el cabrilleo del sol. La cigarra es, en el trópico, la música de la luz. Ahora da en su canto el tono muriente, apenumbreado del crepúsculo. A lo lejos, la tarde va desvaneciendo el cotidiano prodigio de sus lumbres. Seres y cosas empiezan a recogerse en el seno de la noche. Como si hubieran estado custodiadas en los cofres oscuros de la montaña, van encendiendo bujías, en la cima de los vecinos farellones, las primeras estrellas.

En el extremo fronterizo de la llanura, sobre la falda de la cordillera central, fulge, como una piedra nívea, la hacienda de «El Paraíso», que Isaacs nombra en «María» «la casa de la sierra». Domínase desde el balcón del corredor delantero uno de los más bellos paisajes que puedan ofrecerse a la mirada de los hombres. Planadas inmensas, pobladas de árboles y vacadas y bulliciosas de torrentes, dilatan el verde ondulante de sus praderas hasta confundirlo con el azul y gris perla del confín.

La continua contemplación, en los primeros años de su vida, de la provincia reposada, serena, nemorosa, a cuyo alero había nacido, y el espectáculo incesante y encantador que tenía ante los ojos en sus frecuentes

permanencias en «El Paraíso», modelaron su espíritu e infundieron en él, al par que aquel apego a los dominios familiares que desconocen los hijos de las agrupaciones populosas, la melancolía de los llanos ilimitados, de los horizontes inalcanzables, de las evanescentes lejanías. Como más tarde José Eustasio Rivera tuvo amores con las blondas palmeras, mientras el llano le enseñaba el ensueño:

«De aquellas soledades infinitas
traigo el silencio y sombras en el alma».

La emoción suspirante de la distancia, que constituye el secreto melancólico del paisaje, da la clave del sentimiento que allega al drama humano de «María», el cuadro natural en que éste se cumple y desenvuelve. Todos los que hemos leído el romance inmortal hemos sentido nuestros ánimos embargados por una melancolía imposible de precisar, por algo que no es el dolor inexorable que va desprendiéndose de cada una de sus páginas, ni la zozobra angustiosa del presentimiento, ni la amargura final, nutrida en la muerte y en la desesperanza. Al margen de todo eso, aunque naturalmente vinculado a ello por el consorcio indestructible que hay entre el cuento y el paisaje, consorcio que hace que la naturaleza se vista de luto y se aborrasque en la primera enfermedad de María y que presenta ante Efraín, en la tarde postrera, «la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche», símbolo de la desola-

ción y desamparo de su espíritu, al margen de ese consorcio palpita en el libro toda la melancolía de las llanuras inmensas, de los atardeceres campesinos, de las aguas errantes y de las nubes migratorias. De la melancolía del paisaje, en fin, que a la manera de un personaje desolado, como el fatum antiguo, preside la marcha de las horas y la agonía de las almas.

Y no es que, como pudiera objetarse, la emoción melancólica que nos produce el paisaje en «María» nazca, más que del paisaje mismo, del poeta que lo refleja y válese de él para enmarcar el idilio atormentado. Es que el poeta estaba contagiado de la melancolía de las cosas, «tristitia rerum», que había hecho vivir largamente en contacto con su alma. La emoción viene de las cosas, y humanizadas en el alma del poeta, como en un filtro misterioso, llega hasta nosotros.

Isaacs reflejó, resumiéndolo, el ambiente del Valle. Su genio incomparable aprisionó en las páginas de un libro, sin empequeñecerla ni deslustrarla, antes tocándola de un comunicativo ritmo espiritual, la visión de la tierra que amaba con toda la vehemencia de su encendido corazón y con todo el ardor y toda la intensidad sentimental de su sangre judía. El paisaje había hecho suyo al poeta y el poeta había acopiado, como inefable tesoro, las maravillas del paisaje. Leyéndolo acuden a los labios las palabras angustiosas del poema de Nieto: «¿El paisaje está en ti o está en las cosas?» En toda la obra de Isaacs, observa un escritor contemporáneo, hay «una fusión íntima entre la vida afec-

tiva y cerebral y la vida universal, la vida de la naturaleza, de tal modo que en «María» nunca podemos separar la psicología de María o Efraín de la psicología del paisaje; sus vidas van como engastadas en la naturaleza; y no sabemos si el perfume que nos embriaga leyendo la obra genial viene de las almas de los protagonistas o viene de los jazmines, de los lirios, de los paisajes que encontramos a cada paso».

Por este modo explícate el que estén resumidos en Isaacs los poetas que han cantado posteriormente al Valle. Nada distinto se ha escuchado después en el concierto de la poesía regional. Al leerlos atentamente veremos que, en la canción vernácula, todos han incidido, si bien no con idéntica fortuna, en variaciones de Isaacs. Milagro del genio y del amor; como del Cristo de Velázquez dijo el poeta ibérico. Hirviente de cólera apolínea (*irritabile genus vatium*), negó sus huesos a los lares maternos. Mas el corazón es inexorable. Nada pudieron contra él, a lo largo de sus andanzas y cervantinas desventuras, la ausencia de los últimos años, ni las vicisitudes de la vida, ni siquiera la susceptibilidad de su carácter y el desvío, en parte natural y en parte incomprensivo, de sus paisanos. Urna de lejano panteón alberga sus cenizas. Pero su espíritu quedó confundido para siempre con el paisaje solariego, que tuvo en él el evangelista insustituible de su emoción.

¿Cómo reflejó Isaacs ese paisaje? Fué la suya la hora cenital del romanticismo. Recordemos que nació

en 1837. Azorín observa que el romanticismo ha traído al arte la naturaleza en sí misma, rodeándola de un sentimiento amoroso, no como elemento accesorio. «En Francia, Rousseau, iniciador y engendrador de tantas cosas, inaugura el paisaje literario y abre el camino a Bernardino de Saint-Pierre, paisajista admirable». Cuando Isaacs llega al mundo, Chateaubriand esplende con fulgencia solar. El romanticismo le traza el derrotero, le da la forma, le enseña la manera de proceder. La sensibilidad hebrea que heredó con la sangre de su padre suma al impulso transitorio el tono lumínico y eterno. La semilla del genio, agregada a título de añadidura divina, le otorga el signo perdurable. Y así tenemos en «*María*» una obra romántica, fundida en crisoles del Oriente y tocada de la virtud de las hogueras que, como la zarza del Horeb, arden sin consumirse sobre la cima de los tiempos.

Poeta romántico, Isaacs ama, especialmente, de su tierra, los amaneceres y el crepúsculo. «Los paisajes lunares, el recinto de los bosques, la transparencia de las mansas corrientes, donde una mano amorosa había deshojado para su regalo la flor de los rosales favoritos, son los temas recurrentes de su pincel atormentado». (Sanín Cano). Adquiere éste, en el desenvolvimiento de tan bellos motivos, riqueza de color y copia de armonía que lo colocan, sin hipérbole, entre los grandes intérpretes universales de la naturaleza. Aprehende entonces, en un prodigio que casi desvanece las palabras diluyéndolas en la atmósfera, el alma del pai-

saje, llena de luces múltiples, de sonidos de musicalidad inefable y exquisita, de vibraciones acaso demasiado recónditas para quien no tenga, como el poeta, los ojos y el oído en el corazón.

El alba: «No había amanecido aún y tuve que salir en busca de aire mejor para calmar la especie de fiebre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribí y los de las guacharacas de los bosques vecinos anunciaban la aurora: la naturaleza parecía desperezarse al despertar de su sueño. A la primera luz del día, empezaron a revolotear en los plátanos y sotos asomas y azulejos; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; la greguería de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y de las copas florecientes de los písamos del cacaotal se levantaban las garzas con leve y lento vuelo».

El crepúsculo: «Una tarde, hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria!, la luz de los arreboles moribundos del ocaso se confundía bajo un cielo color de lila con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro».

La noche: «La noche continuaba serena: los rosales están inmóviles: en las copas de los árboles cercanos no se percibía un susurro; y solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponente. Sobre los ropajes turquíes de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nívea

que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca; y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante a una urna convexa de cristal azulado incrustada de diamantes».

Jamundí, Pimba, Pance, Lili, Dagua, Amaime, Nima, Zabaletas... He aquí una letanía de nombres bellos y armoniosos. Surgidos de la entraña de las lenguas indígenas, perdidas para daño de la historia y de la poesía, tienen la miel eglógica y el sortilegio musical de una teoría de palabras helénicas. Son los nombres de los ríos del Valle, tan hermosos, tan claros, tan melódicos como ellos. Dijérase que el Señor hizo esos ríos para dar vida y lengua a la comarca sobre la que difunden la transparencia de sus caudas y el rumor de sus linfas, lírico encanto de los hombres, de las bestias y de las cosas. A manera de venas por cuyos cauces circulara, con hervores profundos, la savia de esta tierra de promisión, palpita en ellos el ritmo cósmico, que se advierte en el agua más claramente que en los otros elementos. Porque ella ofrece, en la armonía universal, el símbolo del alma. «Laudato sii, mio Signore, per suora acqua», dice en el Cántico de las criaturas San Francisco de Asís.

El río padre, el viejo, tardo Cauca, divide el Valle en dos zonas que denomina «bandas» el pintoresco

lenguaje de la tierra. Turbio y sereno, pleno de dádivas vitales, si arrebatado a veces por vértigos iracundos, atraviesa el país, de punta a punta, desde las colinas de Quilichao hasta los ásperos declives de las montañas antioqueñas. Tormentoso en la iniciación de su discurso, aduermese en las llanuras, para tornar más tarde, enriquecido ya, a la agitación de los cauces inclinados. A él afluyen, como acento inevitable, todos los arroyos y ríos que surcan en abundante red las dehesas pobladas de sembradíos y rebaños.

Diáfanos, bulliciosos, agitados en lechos de suplicio o muellemente adormecidos sobre camas de arena, los ríos menores, en escala que va desde La Vieja hasta el Nima o el Cañaveralejo, alimentan y adornan las alquerías y llanuras. Nacidos en grupos de alto asiento, descienden en generosos zigzagueos hacia la vena madre que ha de llevarlos al océano. Son a manera de serpientes de cristal y de plata que sobre un fondo de esmeralda continua tejen danzas geométricas: «Ríos azulinos, dice un poeta foráneo, a quien sorprendió un día la belleza de estos prodigios de nuestra dulce heredad, ríos azulinos que hacen pensar si en sus ondas se condensaría la luz cerúlea del cielo en la primera mañana del mundo, o si entre sus aguas verterían lágrimas opalinas las sirenas, cuando, huyendo ante la muerte de los mitos griegos, subieron quizá desde el mar hasta las corrientes nemorosas del incomparable Valle». (Max Grillo).

Los hijos de la pradera ilímite los hemos amado con familiar afecto, porque ellos están ligados a los días de nuestra niñez y nos sentimos penetrados de júbilo inefable al pensar que varios son ya, por obra y gracia de nuestro bardo, inmortales como su nombre. Y seguimos amándolos porque su recuerdo perdura en nosotros, con indeleble precisión, en la ausencia, cuando los vientos de la vida nos arrastran a lejanas regiones. Firme fisonomía los distingue en su conjunto edénico. Situados a cortas distancias unos de otros, son, sin embargo, inconfundibles, al menos a la pupila indígena. Si en virtud de artes de magia fuera posible trasladar uno de esos ríos a países remotos, allá reconoceríamoslo al punto todos los que en éste nacimos y gozaríamos ante él la emoción que ante un amigo de los primeros años. ¿Cómo confundir las aguas nítidas, casi incorpóreas, del Pance, con las linfas verdosas y misteriosas del Lili, o con la vena turbia del Jamundí, o con las ondas diáfanas del Amaime, o con la hoja de acero del Tuluá?

Isaacs, que con tanta sabiduría abarcó en su visión amorosa el paisaje del Valle y aprisionó en su poesía todo el ambiente patrio, tenía que ser, como lo era, un fervoroso enamorado de estos ríos de cuentos de hadas. A cada instante escúchanse en su obra los rumores del Dagua y el Nima, del Zabaletas y del Amaime. Estos ríos son, en «*María*», algo así como hermanos del poeta: uno arrulla sus sueños y canta su alegría en el alba de oro; otro vela con él en las horas en que acen-

draba en el desierto las mieles y las hieles de la elegía, acreciéntase éste, como la fuente de las lágrimas, y se azota desmelenado en las riberas la noche en que la virgen cananea se halla por vez primera bajo los filos de la muerte; el torrente que circunda la casa parece llamar con voz fraterna, desde el abismo en que se agita, al mancebo desesperado que en la tarde del último día discurre, bajo el flagelo del delirio, por los sitios que fueron teatro de sus amores y su felicidad: «Una hora después... ¡Dios mío! ¡Tú lo sabes! Yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra, y al desierto que en sus ecos solamente me devolvía su nombre. A la orilla del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las nieblas y tronaba el río un pensamiento criminal, espantó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente...». Y en el soneto «La tierra madre» (Envejecido en el dolor . . .) pide para su tumba el arrullo amoroso del río que después de haber jugado con él en los años de su infancia, lo había acompañado, en la casa de El Peñón, como el Dagua en la choza solitaria, a lo largo del lento y doloroso fluir del libro incomparable.

Ahora estamos lejos del dulce Valle familiar. Corren los últimos días del año sesenta; tal vez los primeros del sesenta y uno. Ya el crepúsculo es casi noche. El poeta hace su primera campaña bélica en Antioquía. Y en una de sus andanzas encuéntrase de pronto en las vegas de un río caudaloso, anónimo para el viajero na-

cido en lueñas tierras. «Río Moro» llámase desde entonces aquel caudal de aguas que en un rodar hirviente va perforando la montaña con el ímpetu de su viaje y llenando con el fragor incesante de su trueno las cavernas recónditas.

«Eres hermoso en tu furor:
del monte
lanzado en tu carrera tortuosa
vas sacudiendo la melena cana
que los peñascos de granito
azota;
y detenido, de coraje tiemblas,
columpiando al pasar la selva
añosa;
las nieblas del abismo son
tu aliento
que en leves copos despedaza
el viento.

El poeta piensa en su tierra y en su raza. Una lágrima rebelde le inunda la pupila y rueda al río que, indiferente, arrebátala en su caudal. El viento trae hasta el viajero, del fondo de las selvas, fragancias que suscitan en él recuerdos del nativo solar. ¿De qué región no hollada por el hombre civilizado viene este río ignoto? ¿Qué gentes moran en el confín en donde nace? El impulso del cosmos arrastra sus ondas al océano; mañana habrán de gemir en playas extranjeras. El can-

to hebreo del poeta se deshace en un dístico de angustia y de reproche:

«Y yo con mi ambición pobre
y proscrito,
de mi raza infeliz purgo el
delito».

Azorín ha escrito esta glosa al margen de Garcilaso de la Vega. «Los ríos han tenido la dilección del poeta». Lo mismo podemos anotar nosotros al margen de Jorge Isaacs. Como Garcilaso, hizo cabalgar muchas veces en las fugitivas corrientes de los ríos, iluminadas por las luces relampagueantes de su espíritu, las naves de su canto. Otro de nuestros grandes poetas, José Eustasio Rivera, había de hallar su propia imagen en el río que lleva, «turbio de pesadumbre», bajo el vuelo del Aguila que le trae el mensaje de los dioses, reflejando el paisaje por donde desenvuelve su ovillo de cristal. El símbolo es perfecto; el poeta es un río; por él se puebla de flores y armonías la pradera humana; en él cabe toda la música del cosmos; se nos da en su frescura y en el misterio universal que lo anima. Mas no sólo el poeta es un río: todos los hombres somos ríos. El símbolo alcanza más vasta, más comprensiva proyección. Cada hombre es una onda en viaje indeficiente. En el fondo, ¡cuán cercano, Dios mío! la eternidad, que es el piélago insondable, el círculo sin principio ni fin.

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir».

Tocado de mal irremediable por la acción corrosiva de los climas del Dagua, que quebraron sus fuerzas juveniles, y por los de la Guajira deletérea, que en la cansada madurez del medio siglo, han dejado en la inopia sus mermadas defensas naturales, Isaacs acógrese a Ibagué, donde exigencias económicas lo habían llevado a hundir las anclas, nómadas antes, de su hogar. La torre de plata del Tolima, helada y silenciosa, y la cinta salvaje del Combeima, espumosa y rugiente, ofrecen pauta melancólica a los sueños crepusculares del poeta. Consonancia de una desolación incomparable. Colmado de amarguras, agobiado de desengaños, ni anhela, ni presiente la muerte. Lejana todavía la vejez, aférrase a la vida con dolorosa obstinación. Dura escasez aflige la mesa de sus hijos. Mas en las costas del Atlántico yace, esperando su conquista, la ilusoria fortuna, que es en este caso, para él, la bella durmiente del bosque. La esperanza pone su aceite de oro en la rueda de su corazón y lo redime del cansancio postrero. Un día la fiebre apura su candela. Es otra vez abril; porque está escrito que en este mes sonoro se cumpla al par que el misterio de su vida, el de su muerte. Vuela el ave del ángelus, y con ella marca rumbo hacia Dios el alma del poeta. El Combeima solloza el treno funeral. Muchas veces él había deshojado en sus

riberas las rosas de la tarde. Amábale como a los ríos de su tierra. Y el río, en pago, hilvanó en su cantar el que el designio inapelable ahogó en el pecho del cisne moribundo. A través de los años, sigue desgranándolo todavía y como el trino del ave el monje de la leyenda medioeval, la montaña de hielo, envuelta en su capucha de nieblas, escucha absorta el cántico.

Por obra y gracia de esta profunda devoción, la pintura del agua alcanza en Isaacs efectos sorprendentes. Las más bellas páginas descriptivas de su obra son aquellas en que el poeta se detiene, con amorosa delectación, en la contemplación de los ríos familiares. Su palabra adquiere en esos instantes un timbre encantador y condensa en las sílabas preciosas, con el ritmo del alma, la ubicua melodía de los campos, en la que, al bello decir de Antonio Llanos, se oye Dios a sí mismo:

«Descendí a las anchas vegas del río, donde acercándose a las llanuras es menos impetuoso; formando majestuosas curvas, pasa al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan a unírsele torrentes espumosos, y sigue luego acariciando los follajes de los carboneros y guayabales de la orilla; se oculta después bajo las últimas cintas montañosas, donde parece darle en murmullos sus últimos adioses a la soledad, y al fin piérdese a lo lejos, muy lejos, en la pampa azul, donde en aquel momento el sol, al esconderse, tornasolaba de vida y oro su raudal undoso.

«Cuando regresé, ascendiendo por los turtuosos senderos de la ribera, la noche estaba engalanada ya con

todos los esplendores del estío. Las espumas del río tenían una blancura brillante, y las ondas mecían los cañaverales como diciendo secretos a las auras que venían a peinarle los plumajes. Los no sombreados remansos del río reflejaban en su fondo, temblorosas, las estrellas; y donde los ramajes de una y otra orilla se enlazaban formando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Sólo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soñolientos; pero de tiempo en tiempo el bujío, guardián celoso de las espesuras, revoloteaba a mi alrededor haciéndome oír su silbido siniestro».

He aquí a Isaacs en toda la gloria de su estilo, en toda la orquestación de su instrumento, en toda la gama de su copioso colorido, en toda la sugestión sortilega de su canto, que le dió la virtud maravillosa de diluir su emoción en el vaso profundo de la naturaleza. ¡Cómo, en sus manos, se adelgaza la lengua; cómo se ahonda la expresión; cómo se hace leve, sutil, aérea, hasta el vuelo, la palabra! Es el rumor del viento entre las cañas vespertinas; el arpegio del ave en las mañanas del estío; la égloga conjunta del árbol y el arroyo; la claror mortecina del sol de los venados; la azul fosforescencia de nuestras noches tropicales; el rumor de los astros que el filósofo antiguo robó a los cielos de la Grecia.